

Mundos de Blanchett

Monik Blanchett



Capítulo 1 Después de algún tiempo aprenderás la diferencia entre dar la mano y socorrer a un alma... Y aprenderás que amar no significa apoyarse, y que compañía no siempre significa seguridad... Comenzarás a aprender que los besos no son contratos, ni regalos, ni promesas... Comenzarás a aceptar tus derrotas con la cabeza erguida y la mirada al frente, con la gracia de un adulto y no con la tristeza de un niño... Y aprenderás a construir hoy todos tus caminos, porque el terreno de mañana es incierto para los proyectos y el futuro tiene la costumbre de caer en el vacío.

Después de un tiempo aprenderás que el sol quema si te expones demasiado... Aceptarás que incluso las personas buenas podrían herirte alguna vez y necesitarás perdonarlas... Aprenderás que hablar puede aliviar los dolores del alma... Descubrirás que lleva años construir confianza y apenas unos segundos destruirla, y que tú también podrás hacer cosas de las que te arrepentirás el resto de la vida...

Aprenderás que las verdaderas amistades continúan creciendo a pesar de las distancias... Y que no importa que es lo que tienes, sino a quién tienes en la vida... Y que los buenos amigos son la familia que nos permitimos elegir... Aprenderás que no tenemos que cambiar de amigos, si estamos dispuestos a aceptar que los amigos cambian... Te darás cuenta que puedes pasar buenos momentos con tu mejor amigo haciendo cualquier cosa o nada, solo por el placer de disfrutar su compañía... Descubrirás que muchas veces tomas a la ligera a las personas que más te importan y por eso siempre debemos decir a esas personas que las amamos, porque nunca estaremos seguros de cuándo será la última vez que las veamos...

Aprenderás que las circunstancias y el ambiente que nos rodea tienen influencia sobre nosotros, pero nosotros somos los únicos responsables de lo que hacemos... Comenzarás a aprender que no nos debemos comparar con los demás, salvo cuando queramos imitarlos para mejorar... Descubrirás que se lleva mucho tiempo para llegar a ser la persona que quieres ser, y que el tiempo es corto. Aprenderás que no importa a donde llegaste, sino a dónde te diriges y si no lo sabes cualquier lugar sirve... Aprenderás que si no controlas tus actos, ellos te controlaran y que ser flexible no significa ser débil o no tener personalidad, porque no importa cuán delicada y frágil sea una situación: siempre existen dos lados.

Aprenderás que héroes son las personas que hicieron lo que era necesario, enfrentando las consecuencias... Aprenderás que la paciencia requiere mucha práctica. Descubrirás que algunas veces, la persona que esperas que te patee cuando te caes, tal vez sea una de las pocas que te ayuden a levantarte. Madurar tiene más que ver con lo que has aprendido de las experiencias, que con los años vividos.

Aprenderás que hay mucho más de tus padres en ti de lo que supones. Aprenderás que nunca se debe decir a un niño que sus sueños son tonterías, porque pocas cosas son tan humillantes y sería una tragedia si lo creyese porque le estarás quitando la esperanza...

Aprenderás que cuando sientes rabia, tienes derecho a tenerla, pero eso no te da el derecho de ser cruel... Descubrirás que solo porque alguien no te ama de la forma que quieres, no significa que no te ame con todo lo que puede, porque hay personas que nos aman, pero que no saben cómo demostrarlo...

No siempre es suficiente ser perdonado por alguien, algunas veces tendrás que aprender a perdonarte a ti mismo... Aprenderás que con la misma severidad conque juzgas, también serás juzgado y en algún momento condenado... Aprenderás que no importa en cuantos pedazos tu corazón se partió, el mundo no se detiene para que lo arregles... Aprenderás que el tiempo no es algo que pueda volver hacia atrás, por lo tanto, debes cultivar tu propio jardín y decorar tu alma, en vez de esperar que alguien te traiga flores.

Entonces y solo entonces sabrás realmente lo que puedes soportar; que eres fuerte y que podrás ir mucho más lejos de lo que pensabas cuando creías que no se podía más. ¡Es que realmente la vida vale cuando tienes el valor de enfrentarla!

Capítulo 2 La copa de vino se hizo añicos contra el suelo y en aquel instante sentí que la vida se deshacía poco a poco en mi interior. Toqué mi pecho con ambas manos y lo comprimí, creyendo así que paliaría el dolor, con ayuda de las varillas del corsé de corazón que aquella mañana, mucho antes de conocer mi fatídico destino, había elegido sin ninguna clase de interés. Caí rendida y vencida por el flaqueo de mis rodillas, pero el miriñaque frenó mi estrepitosa caída y me mantuvo en el aire, flotando como a un ente, flotando con la misma soltura con la que lo hacía Lord Lumpeck a pocos metros de mí. Apoyado en el bastón de pomo dorado, pegado a la mano incluso tras la muerte, su fantasma me miraba con los ojos ausentes y fugitivos, maquillados, tras aquellas googles de piloto que tanto detestaba, con la característica expresión de aborrecimiento que durante tantos años hube de soportar cotillón tras cotillón. Y entonces sonrió. Señaló el reloj de bolsillo que había incrustado en el hombro de su mecánico brazo izquierdo poco antes de morir —y que ahora marcaba medianoche— y supe en ese instante el porqué: el traqueteo de las ruedas dentadas y el mecanismo de la casa hicieron que la dirección de aquel viejo desván giratorio cambiara de sentido de la misma manera que el curso de mi vida. Un hilillo líquido descendió de mi comisura y me llevé las yemas a la barbilla. Sangre. El crujir de las varillas de madera me alertó de la caída un segundo antes de sentir el suelo arremeter contra mi cráneo y todo mi cuerpo comenzó a convulsionarse al tiempo que la sangre que escupían mis entrañas se mezclaba con el vino y el veneno. Lord Lumpeck recogió del suelo mi pequeño revolver de bronce y se lo llevó al agujero que la bala le había dejado para la eternidad. Sonrió. En nuestro último encuentro lo escuché pronunciar segundos antes de que reinara el silencio para siempre. Entonces no lo

comprendí, pero hoy estoy segura de haber hallado su significado.

Capítulo 3 Una fría noche de invierno, el pequeño George Arlington deambulaba por uno de los largos y amplios pasillos de la vieja mansión familiar. Su respiración se veía agitada a causa de la fuerte fiebre que sufría y el ritmo de sus pasos iba menguando a medida que avanzaba.

—¡Señorito! —gritó el ama de llaves, escandalizada por encontrarlo a tan intempestivas horas de la noche—.
¿Pero qué hace levantado a estas horas?

—Dime, Abigail —dijo entonces el niño—, ¿por qué mis padres no me quieren? ¿Por qué nunca están en casa? ¿Por qué has de ser tú quien me cuide cuando estoy enfermo?

—Sus padres trabajan mucho, señorito George. Piense que, si no, no tendrían esta casa tan grande. —El ama de llaves lo cogió en brazos y deshizo camino hasta la habitación del pequeño—. Ahora debe descansar, no se ha de preocupar por esas cosas.

Año tras año todo era igual: escapadas nocturnas a media noche en busca del calor de una familia, cuidados de aquellos que le servían el desayuno o lo vestían, ningún compañero de juegos en el interior de aquella gran casa... Fue instruido por los mejores profesores de todo el país. Ciencias, matemáticas, lengua... también estudió protocolo, esgrima, piano, karate. A los catorce años ya era todo un señorito que asistía a las más importantes fiestas de la alta sociedad y para cuando hubo cumplido los dieciséis ya se había ganado el respeto y la admiración de todos a cuantos conoció; se había convertido en la envidia de todo niño rico de la clase alta. Pero, a su vez, también era temido por las gentes de la media-baja sociedad, pues su

carácter agrio y desconsiderado lo enredaba en más de una pelea; madrugada tras madrugada, el joven heredero de los Arlington llegaba con las ropas manchadas de sangre y el rostro amoratado.

La madurez lo alcanzó tiempo después de entrar en la Universidad. Llevaba ya dos años cursando la carrera de Administración y Dirección de Empresas cuando, por primera vez, decidió saltarse las clases. Se dirigía ya hacia la salida cuando se sintió atraído por la exquisita melodía de un violín. Curioso, George caminó prestando mucha atención al camino que las notas le marcaban a seguir hasta llegar a la antigua sala de música. Era un aula vieja, con las paredes salpicadas de humedad y las persianas rotas y a medio limpiar. El corazón le dio un vuelco. Sintió de pronto que su respiración se aceleraba al compás de los latidos de un corazón que quería abrirse paso a través de la piel para salir despedido de su pecho al ver a aquella angelical figura de largos cabellos castaños que, sin duda, se había escapado del más bello cuadro pintado jamás en la historia. Perfiló con la mirada las curvas que su cuerpo dibujaba bajo aquel estrecho vestido de seda color violeta y su alma se derritió al contemplar la preciosa sonrisa que mostraron sus labios.

—George Arlington —se presentó el chico, cuando por fin logró articular palabra—. Tocas realmente bien.

—Lo sé —afirmó la chica, sin titubear—. ¿No tendrías que estar en clase?

—¿No tendrías tú que presentarte?

Decidió casarse con Rose a los veinticinco, quien pronto se mudó a la mansión, y ambos se convirtieron en

padres de una niña dos años más tarde. El matrimonio Arlington vivió separado de su hija muchos años, pues habían decidido trasladarse a los Estados Unidos para manejar desde allí el gran consorcio financiero. En Nueva York, y a la edad de treinta y seis años, fue donde George se convirtió en padre por segunda vez, aunque no por ello descuidó su negocio. Vivió alejado de las dos pequeñas aproximadamente unos quince años, y apenas las visitaba un par de veces al año, anteponiendo los negocios y el dinero frente a su familia. Enterró en lo más profundo de su ser la soledad sentida de pequeño, y para cuando quiso darse cuenta del enorme error que estaba cometiendo para con sus hijas ya había cumplido los cincuenta y seis.

Una mañana de abril, años antes de su arrepentimiento, sucedió algo poco común en la vieja mansión Arlington. George había decidido pasarse por Londres para discutir —una vez más y en persona— un tema de suma importancia con su hija menor. Pero Grace, convertida ya en toda una mujer, no pensaba dejarse pisotear por la gran ambición de sus padres.

—Grace, pequeña, qué alegría verte —la saludó en cuanto pisó el gran salón.

—¿De veras? Y yo que pensaba que me confundirías con una de las criadas.

—Vamos, no seas tan dura con tu viejo padre, te he traído un regalito.

—¡Si es otro niño pijo heredero de una gran empresa millonaria ya te puedes largar, porque no lo quiero, gracias! —sentenció Grace, barnizando con veneno cada palabra que soltaba.

—¡Por muy adulta que seas no toleraré que me faltes al respeto en mi propia casa, niña!

—Esta dejó de ser tu casa hace ya mucho tiempo...

Capítulo 4 Cuando entré en el camerino lo primero que vi fue el cuerpo agazapado de Layla en un rincón de la sala. Su risita ahogada me dio a entender que estaba enfrascada en montar un buen lío.

—¿Piensas quedarte ahí mucho rato, Mel? —dijo entonces, sin ni siquiera dignarse a mirarme. Así era ella.

—¿Cómo has sabido que era yo? —pregunté.

—Por el horrible olor que desprende tu colonia. —Ella siempre tan sincera.

—Gracias, Layla. ¿Qué estás tramando esta vez?

Se dio la vuelta para mostrarme su trabajo. Tijera en mano y jirones de tela en la otra, Layla había destrozado el vestido de noche que Penny, su rival, debía ponerse aquella misma noche para recoger el premio de la Academia. Sonreía a la par que fruncía el ceño, como una villana de cuento, satisfecha de lo que acababa de hacer. Tomó unas segundas tijeras que sacó de un pequeño neceser y me las ofreció.

—No, no y no. De eso nada. No pienso ser partícipe de otra de tus locuras.

—Eres demasiado buena, Mel. —Negó con la cabeza, como si la hubiera decepcionado.

A tenor del gesto, y del profundo suspiro que le precedió, supuse que estaría pensando en por qué había contratado a alguien cuya moralidad distaba tanto de la suya. Sin embargo, a los pocos segundos ya volvía a reír entre dientes. Es más que probable que

sus pensamientos se agolparan en su mente, apareciendo y desapareciendo en un segundo, pues muchas veces dejaba de destrozar la tela y se frotaba el mentón con los dedos índice y pulgar para luego negar con la cabeza y descartar aquella nueva jugarreta —como ella solía llamarlo— que no había acabado de convencerla. Layla era incapaz de pensar en otra cosa que no fueran malas acciones, o eso me había demostrado a lo largo de los tres años que llevaba trabajando para ella. Había acabado con la prometedora carrera de tantas actrices que amenazaban con hacerle sombra que incluso ella ya había perdido la cuenta.

Colocó los restos del vestido en su correspondiente percha y lo escondió entre dos abrigos. Sus perversas carcajadas retumbaron por todo el camerino. Y entonces se dio la vuelta y me abrazó como si no hubiese mañana. Layla sólo abrazaba cuando sentía que la vida no podía ser más maravillosa; era algo que siempre repetía.